

El mangurrino II

Juan Carlos Pérez Gómez

Pero a Pepet, trabajador y emprendedor impenitente, aquello se le quedaba corto. Cuando regresó a Cáceres, a la vuelta del entierro de su madre, apoyado por Juana y su suegro, tuvo el coraje de abrir una Casa de Comidas en la calle Pizarro, una de las más tradicionales de la ciudad. Casados como Dios manda, ocuparon una vivienda en la calle Postigo, vecinos de los Almodóvar. El director de cine Antonio Almodóvar y su hijo estudiaron bachillerato en el mismo instituto. Cuando el Ayuntamiento les concedió la apertura de "Comidas el Mangurrino" repartieron a los que se acercaban por allí, copas de Osborne, Fundador y Veterano, el día de la inauguración. **Pepet** apostó por una cocina tradicional: patatas a la importancia, pringue extremeño, torta del casar, zorongollo o chanfaina. Muchas veces, Juana salía de la cocina al comedor para explicar sus platos a cantaores, poetas y seres solitarios, que siempre los hay.



“¡Jesús, María y José!”, exclamó monseñor cuando se enteró que abría el local y dejaba la obra. “Sabía que era un hombre de posibles”. Juana y Pepet le invitaron a comer y aceptó. “Dicen que no se come aquí por menos de veinte pesetas” apuntó el prelado, tendiendo la copa para que un camarero procediera a llenarla. Comieron unas soberbias migas, solomillo al vino y de postre pestiños de canela y hojaldre relleno de higos con un toque de miel de las Villuercas. Agradecido, Monseñor Llopis le dio un cariñoso abrazo a Juana y estrechando la mano de Pepet, salió del comedor.

Terminado mi Servicio Militar, ya licenciado y con "la blanca" en la mano, tuve todo un día y medio de ferrocarril para recordar y garabatear unas cuartillas. Recapitulé cosas; muchas quizá. Recordé que cuando subí al tren con el petate auestas y éste comenzó a andar, solté mi primera lágrima; que allí encontré a más reclutas con las mismas caras de miedo que yo... y aquella familia que comentaba aquello de "Los mangurrinos" mientras comían tortilla de patata con pimientos verdes fritos. Si, ahora, un año después éramos muchos los quintos que, tras haber pasado un largo periodo prestando el servicio militar, pretendíamos incorporarnos a la vida civil. Sabíamos que nos íbamos a encontrar con la difícil situación de no tener o no encontrar un empleo. No quise pensar en eso y por ese motivo me puse a escribir esta historia que de alguna manera reconstruye el pasado de Pepet el Mangurrino y todo lo que mi tío me contó, cuatro décadas después.

El tren que me llevaba de vuelta a casa, atravesaba Despeñaperros, al norte de la provincia de Jaén. Por un momento dejé de escribir para detenerme en el sorprendente paisaje de enneas y árboles de frondosas sombras. Me llamó la atención el cambio del paisaje, la transición espectacular entre la voluptuosidad de una sierra abrupta, colmada de arbolado y matorral y la monotonía de llanuras de viñedos, cereales e incluso yermas. El paso por Sierra Morena no sólo es tránsito por una frontera natural entre territorios, es una muestra del esfuerzo, imaginación y el buen hacer de ingenieros y trabajadores que hicieron posible este recorrido en tren allá por el siglo XIX. Construirlo fue una proeza, en unas condiciones laborales penosas, casi todo hubo de realizarse a mano o con unos útiles y maquinarias muy lejos de los actuales.

La tarde estaba resultando fría y el paisaje comenzó a cubrirse con un leve manto de nieve, regalándome postales navideñas que se extendían tras la ventanilla hasta el horizonte. Camino de Vilches atravesamos un túnel larguísimo: una gozada. Bajé en la estación, un minuto. Al oscurecer, las luces del vagón alumbraban menos que nada; algunos viajeros aprovecharon para abrir sus fiambreras y dar un bocado. Consideré dar una cabezada hasta Alcázar de San Juan. Cuando llegamos a la estación, teníamos un trasbordo y que esperar más de media hora. Aproveché para ver la azulejería de la antigua fonda y la sala de espera con motivos de Don Quijote que adornan la dependencia. Cuando anunciaron mi tren, subí rápidamente y continué escribiendo, casi hasta Xàtiva.

Le contó Pepet a mi tío que, como quien no quiere, se aproximó la "jubilación" de Monseñor que al cumplir 75 años presentó al Papa Pablo VI su dimisión. Atrás quedaban numerosas obras realizadas con mucho sacrificio: Seminarios, Colegios, Casas de ejercicios espirituales, La Capilla del Santísimo en Santa María, el edificio Coliseum, y por lo que era más conocido: la barriada que llevaba su nombre y que inició para alojar a familias con pocos recursos. Se marchaba el hombre bondadoso y de eterna sonrisa... "¡Cuántos recuerdos se

perderán con el paso del tiempo!". Hablaron muchas veces de cómo había sido su llegada a Cáceres, ahora recuerdos evaporados en el tiempo para no regresar. Atrás quedaron las anécdotas, las parrafadas con los compañeros de andamio... recuerdos de tantos años de ir y venir, y de tantas y tantas cosas que contar. A veces tenía la sensación de que todo había sido un sueño. Pero el curso natural de las cosas señaló el relevo, y todo relevo supone una ausencia y presencia nueva. El prelado sabía que algún día concluiría su etapa y, como dijo el padre Ayala: "Cuando te destinen para un cargo elevado, piensa que algún día lo has de dejar, y vive preparado para soportar este acontecimiento". Pepet, emocionado, comentó "¡Cómo se escapa el tiempo...! Entre ratos buenos y malos, entre juegos y voces de vendedores ambulantes, en medio del ajetreo de los clientes de El Mangurrino...". Ese había sido su mundo.

Sabedores de que el futuro es cambiante y que nunca se puede saber qué va a pasar, Pepet y su esposa no dejaron de ir a los bailes que el vecindario organizaba los viernes por la noche. Cogía a Juana por la cintura y se lanzaban a bailar al ritmo del Dúo Dinámico, Clif Richard, Tom Jones, Los Diablos, Los Sirex, Los Bravos... Piezas como "Il mondo", de Jimmy Fontana; o "La noche" de Salvatore Adamo... Impagables canciones que hoy nos eclipsan de nostalgia y emoción.



San Jorge es una fecha importante para Cáceres, celebran la festividad de su Patrón. Un desfile y una lucha entre moros y cristianos, junto a la quema del dragón, son los protagonistas de la festividad rememorando la reconquista de la ciudad por el Rey Alfonso IX. Sin embargo, aquel año, en el recorrido del desfile se impuso el silencio. Un incómodo silencio ¡Cuánto silencio...! Un cortejo fúnebre recorría la plaza camino del cementerio. *"Ha fallecido Juana, la mujer del Mangurrino. Me lo acaba de comunicar su marido"* dijo monseñor Llopis a miembros de la Curia, reunidos con motivo de su jubilación. *"Ha sido una muerte inesperada, al parecer causada por un aneurisma"*. Pepet, de luto

severo, repartió las esquelas y dio las gracias a todos los presentes. *“¡Qué suerte morir en un ambiente cristiano! Que la Virgen, la conduzca ante su Hijo y que en el cielo nos volvamos a ver todos de nuevo y para siempre”*, concluyó monseñor al officiar el funeral en medio de un silencio cruel, duro, inhumano y triste.

Juana y Pepet vivieron fieles a la promesa que se hicieron el día que contrajeron matrimonio: “Amor eterno y hasta que la muerte los separe”. Vivieron 48 años compartiendo su amor, sintiendo absoluta devoción el uno por el otro. Al mismo tiempo buscaron en su oficio recuperar aquellos “sabores en extinción”. Se tumbó en la cama y rompió a llorar con todas sus fuerzas. Ante la necesidad de silencio y aislamiento, sin darse cuenta, estaba volviendo al consumo de antidepresivos. Algo típico en personas que teniéndolo todo, al quedarse “huérfanos” y tristes necesitan “algo” para seguir viviendo. Cuando parecía que solo daba sentido a su vida alguna sustancia química, alguien se acercó a él una madrugada. Estaba sentado, derrumbado, con los hombros caídos y las manos en los muslos. “Eres una persona genial, no voy a permitir que destroces tu vida”, “Lo que haces es una tortura, en lugar de una conquista, intentas ocultar la tristeza, el dolor y la muerte a través de la inconsciencia que esas pastillas te producen. Mal asunto.”. Levantó la vista y clavó la mirada, dura y fría, en aquél desconocido. “¿Quién eres?”. “Estoy a tu lado desde hace un buen rato, y estos últimos días también. He venido a protegerte y no estés solo. Sé cuál es mi trabajo y sólo espero cumplirlo: cuidar de ti. Así será.”

Pepet, levantó las cejas, asombrado. Lo observó detenidamente mientras le cogía la mano y esbozaba una sonrisa. La presencia, hizo un vago gesto de asentimiento. “He venido a decirte que **oigo tus peticiones y quejas, que estoy trabajando para darte respuestas. Y como estás a las puertas de tomar** una decisión que cambiará tu vida, te pido que la medites en soledad, consúltale a tu corazón que nunca se equivoca.” Sus palabras le tranquilizaron. “Bien... elijo confiar...” Masticando las palabras, Pepet preguntó: “¿Eres... Puedo llamarte ángel...?”. Esbozando una débil sonrisa, éste ser le contestó: “No te asustes, soy tu guía espiritual. Soy un espíritu que hace tiempo vine a la vida como tú y ahora he sido destinado a trabajar para ayudarte. Mi labor es diferente a la de un ángel. No tengo nada que ver con la iglesia, la religión o algo parecido. Ahora, el Universo me permite ayudar a personas, como tú”. Pepet apretó los labios con fuerza para controlar la emoción. “Pero... ¿Yo no tengo un ángel de la guarda?”. “Si, lo tienes, él es un ser inteligente y de gran pureza que sirve de puente entre Dios y tú. Pronto lo conocerás”

Y así fue, días más tarde sintió una presencia alrededor de él, aunque no reconoció a nadie. En la oscuridad de la noche, oyó susurrar su nombre. Percibió un aroma inusual que nunca antes había olido. Permaneció unos segundos aguzando los sentidos y, nada. Iba a hacer su presencia el ángel de

la guarda. "He venido para ayudarte a completar tu misión en esta vida. Te confirmo que soy tu ángel... empieza a confiar en mí, a confiar en ti y a confiar en la vida." y dicho esto se esfumó. "Por la mañana se ven las cosas de otra manera.", pensó. Pero no, aquella madrugada fue imborrable. Quizá tuvo la experiencia más impactante de su vida. Cerró los ojos y meditó; meditó un buen rato mientras un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sintió que su respiración se agitaba y abrió los ojos de golpe. Había planificado arreglar algunos asuntos del negocio, pero nada iba a suceder como había previsto: le "indicaron" que tenía que venir a su Enguera natal para mudar de aires; solo por unos días. "La verdad es que tengo ganas de cambiar de aires", pensó. "Pero allí no tengo a nadie; no me queda familia". Soltó un resoplido escéptico y se adueñaron de él las intermitentes imágenes de la noche.

La tibia primavera dio paso al verano y como manda la tradición, la calle San Antonio de Padua celebraba sus fiestas. Varios hombres portaban el santo a hombros por las calles seguidos de mujeres y niños. Una vez terminada la procesión, la figura del santo

volvía a su Ermita hasta el año siguiente. "De niño me llevaba mi tío a la procesión". Al día siguiente, con la luminosidad propia de un día resplandeciente vio cómo había cambiado todo, y de qué modo. Caminó por nuestras calles sintiendo un tremendo vendaval de silencios, de miradas perdidas e indiferentes que no le decían ¡Adiós Pepet!, ¡Buenos



días Pepet!, ¡Hasta luego, Pepet!...Y es que en el fondo, ni sabían quién era ni les interesa lo más mínimo. ¡Qué pena de recorrido! Se sintió triste por la desnudez de amigos y vecinos que recordaba. Caminó con lentitud intentando encontrar imágenes de su niñez o de su adolescencia, perdidas por la fugacidad del paso de la vida. Transitó por su calle, aquella calle, la de su tiempo, aquel tiempo...

La casa donde nació se había convertido en una tienda de ultramarinos de alto mostrador de madera. Unas mortecinas lágrimas le sobrevinieron mientras recorría aquellas fachadas, ventanales y balcones... Había cambiado todo, todo, todo. Ya no había griteríos de "moñacos" camino de las escuelas, ni puertas abiertas de par en par, tertulias de vecinos "dándole al pico" o como dirían en Cáceres "pegando la hebra". "¿En qué piensas?", "No quería pensar, pero... ¿Qué haces aquí? ¿Es que me vas a seguir a todas partes?", preguntó Pepet con un hilo de voz al ángel que de nuevo se manifestaba. Le parecía que

una fuerza misteriosa tiraba de él, una extraña energía que parecía bajar del cielo y que le puso todo el cuerpo en tensión. "Entiendo lo que piensas... Vengo una vez más a declararte mi apoyo, a invitarte a permanecer vigilante. Se perfila en tu horizonte en un futuro muy cercano, probablemente menos de algunos meses, acontecimientos que requieren de tu atención". Pepet arqueó una ceja, desconcertado. En esos momentos, no sabía si echarse a reír o a llorar.

Al llegar a la pequeña explanada de la *Fuente de Moreras*, vio cómo se le acercaba alguien. "¿Eres Pedro...? ¡Cielo santo! ¡Cuánto tiempo!". Sí, era mi tío, su amigo de siempre. Dicen que "un amigo es siempre afectuoso, en tiempos de angustia es como un hermano". Con su flor en el ojal y un puro en la boca, Pepet parecía el hombre más pagado del mundo. Hablaron de muchas cosas, muchas; de su familia, de los Ridaura de Anna, de la mili en Alcoy y del Obispo alcoyano; de su vida en Cáceres, de su casa de comidas... "Por cierto, es la hora de comer. Vente a casa." Mi tía había oído hablar muchas veces de Pepet el Mangurrino. Les aclaró, a petición de ella, qué significaba "Mangurrino". "¡Ahora lo comprendo!", exclamó satisfecha mientras servía el café. Pero, un comentario en medio de la tertulia les dejó helados: "Velé el cadáver de mi hijo en la Casa de la Caridad. Fue uno de los últimos enfermos de Sida por contagio con jeringuilla en los 80. Nos decía que no tenía fuerzas para ponerse en pie. Dos semanas después estaba muerto. Lloré por la muerte de mi hijo enganchado a una jeringuilla, hasta que no me quedaron lágrimas. Eso me tuvo obsesionado y ahora, tras la muerte inesperada de mi esposa... estoy desmoronado." El momento tuvo que ser difícil y no tenía por qué darles explicaciones; quizá lo hizo porque necesitaba que le entendieran mejor. "Hay que mirar hacia arriba, hacia el *Piquet* y hacia el cielo, y no hacia el suelo, si quieres algo de vida" le manifestó mi tío y, mi tía: "todo se va a arreglar, ya verás". Un *sol y sombra* tuvo un inmediato efecto sedante en el turbado ánimo de Pepet. La opresión que sentía en el pecho cedió, el temblor de rodillas se calmó y se sintió mucho mejor. "Y esta tarde, te reto a que vayamos a la Costera Blanca, verás que vistas más buena". "Ya no estoy para esos trotes. Soy demasiado viejo, me agoto enseguida". "No digas eso, que no somos tan mayores y los achaques, son cosa de los espíritus". "¿Espíritus has dicho?", espetó Pepet. Un enorme silencio cubrió toda la casa. Ellos se pusieron en pie, salieron a la calle y se sentaron a la sombra; mi tía permaneció angustiada, hundida en aquel terrible silencio en el que palpitaba un dolor insoportable.

Se despertó sudando, con el corazón latiendo enloquecido, ahogándose, tratando de recuperar el sentido de la realidad y de que todo estaba bien. Todo tenía que estar bien. Un hilo de luz grisácea del amanecer entraba por la ventana. Pepet respiró hondo e intentó encontrar de nuevo el sueño, pero no lo consiguió. Se había propuesto ir al camposanto, por la mañana. Caminó rápido hacia la entrada del cementerio para que no lo vieran lloriquear. Buscaba estar

cerca de su madre. Regresó donde descansan los restos de Paquita, "Nos dejó hace 19 años y ahora, estar frente a ella me emociona pero también me da tristeza. Ella siempre estuvo en mi memoria" comentó al enterrador mientras depositaba unas flores. Recordó la tristeza incurable de su madre cuando alguien fallecía. Paquita permanecía en la casa del difunto donde tenía lugar el velatorio y el rezo del Rosario. Ayudaba a colocar sillas por toda la casa y si se terciaba, cocinaba para todos. Cuando el sacerdote y monaguillos llegaban a la casa del difunto, los llevadores sacaban a hombros el féretro y la gente lo seguía hasta la iglesia, donde se celebraba una misa; todo bajo el tañido sombrío de la campana de la iglesia, lúgubre sobre el silencio.

De regreso a "Casa del Borreguero" donde se alojaba, le comunicaron que habían llevado un telegrama para él. Lo remitía el Padre Cotallo, coadjutor de la parroquia cacereña de Santiago: "Monseñor Llopis Ivorra ha fallecido. De Moncada a Cáceres próximo Jueves, inhumación". Pepet encajó la noticia con honda tristeza. Se fue aquél personaje de los años en que el *establishment* franquista auspiciaba y alentaba el denominado nacional-catolicismo, del estrecho maridaje entre la iglesia y las autoridades político-militares. Él mismo había dicho: "Volveré a Cáceres muerto a enterrarme en el sepulcro que dejo hecho en la Concatedral. Para descansar, me bastan dos maletas: una de ropa interior y la otra, de sotana, capisayos y ornamentos. Para qué más, para tan poca espera del cielo..." Pepet, manifestó: "Le doy gracias a Dios por haberme dado a conocer un Obispo como él, porque me ayudó a venir y a permanecer en la tierra de los mangurrinos y ser un mangurrino más." Días más tarde, se marchó de Enguera envuelto en el más absoluto silencio, pero con la intención de volver.

Me removí inquieto mientras escribía estos doloridos acontecimientos y finalmente encogí los hombros. Un cigarrillo, aunque solo por unos minutos, me ayudó a pensar. Cerré los ojos y visualicé lo más claramente que pude escena por escena, lo último que había escrito. Imaginé que me ponía junto a Pepet y, disfruté de estar con él.

